Borges, poeta filósofo

Fernando Savater

Y detrás de los mitos y las máscaras
el alma, que está sola.
Jorge Luis Borges

Desde hace unos años se multiplican los artículos, ensayos y tesis atareados en elucidar las relaciones entre la obra de Borges y la filosofía: ¿fueron de amor platónico, de seducción fingida o un matrimonio de conveniencias? Del conjunto de todos estos trabajos, el más completo y perspicaz me parece que sigue siendo sin duda *La filosofía de Borges* (FCE, México), un libro de Juan Nuño que se presentó en el mercado aproximadamente por las mismas fechas en que falleció el poeta argentino. Su conclusión resolutoria tras bastantes páginas de acucioso análisis —"es innegable que Borges encierra temas de valor metafísico, pero justamente eso: el encierro vale más que los temas"—

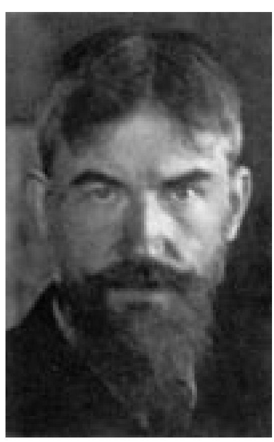


no ha desanimado ciertamente a muchos otros que siguen volviendo con entusiasmo poco o nada mancillado sobre la cuestión (baste como prueba el coloquio celebrado en Viena hace pocos meses con motivo del centenario). Culpablemente, me dispongo a unir las reflexiones de esta nota a lo ya antes —y quizá mejor— dicho.

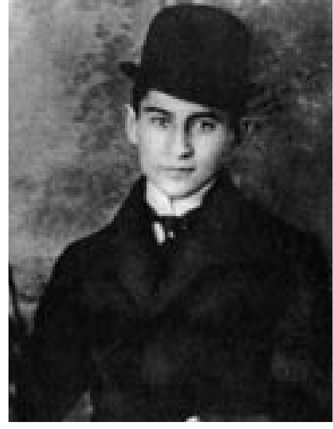
Seré doblemente culpable, porque voy a contradecir en cierta manera la ya citada afirmación que cierra el libro de Nuño, una obra que tengo por más que notable. En efecto: afrontando el mayoritario dictamen de que la excelsitud literaria de Borges cuenta muchísimo más que las cuestiones filosóficas que ocasional y estéticamente aborda, quiero sostener en lo que sigue —tranquilizo al lector impaciente jurando brevedad— que gran parte de dicho atractivo y también de su dignidad estética proviene precisamente del afectuoso contagio que buscan su prosa y su verso en las preocupaciones de la filosofía. Es decir, que lo verdaderamente cierto no es que Borges haga fascinante a la filosofía sino que la filosofía hace fascinante a Borges. El caso no es único ni mucho menos, pues hay otros ejemplos en nuestro siglo (Shaw, Kafka, Mann, Valéry, Bernhard, etcétera), por no referirnos a más remotas e ilustres referencias: Lucrecio, Dante, Montaigne, Lichtenberg... Ninguno de ellos hubiera sido un gran literato sólo por su adicción filosófica, pero tampoco ninguno habría sobresalido tan duraderamente sobre sus coetáneos sin centrarse en ella y hasta obsesionarse con ella.

En su libro, Juan Nuño estudia exhaustivamente los recovecos, contradicciones y parciales incompetencias del amor de Borges por la filosofía y los filósofos (por el filósofo mismo como arquetipo de una forma humana de existir). Pero no hace hincapié suficiente en que dicho amor es, cosa rara, un amor correspondido. También los filósofos aman a Borges y —a partir de la famosa referencia inicial de Foucault en *Les mots et les choses*— pocos literatos actuales comparecen tan insistentemente en obras filosóficas de todas las latitudes y perfiles. Sin duda a Borges le vino bien la filosofía como inspiración, pero no es menos cierto que Borges también les ha venido bien a los filósofos, sea como inspiración directa, como apoyo o como razonable ornamento. Esta interacción merece ser resaltada. A propósito de Lichtenberg, un escritor que comparte con Borges más rasgos de lo que pueda parecer (humor, gusto por la brevedad, profundidad disfrazada de ligereza o amable paradoja, imaginación teológica al servicio del escepticismo), comentaba Goethe: “Allí donde hace un chiste, se esconde un problema filosófico”. Sin embargo, a Lichtenberg no se le estudia en las historias de la filosofía ni nadie le tuvo nunca, en su época o después, por un filósofo *stricto sensu*. ¿No podría decirse también de Borges que la mayoría de sus cuentos, poemas y apuntes ensayísticos señalan la existencia de problemas filosóficos ocultos bajo pesadas capas de conformismo académico resuelto en tecnicismos, tal como la varita del zahorí descubre la fresca nervadura de agua tapada por la esterilidad arenosa del desierto? Aunque eso no le convierta en filósofo, sirve al menos para explicar por qué algunos de los más inquietos espíritus filosóficos actuales se reconocen borgianos…

Hagamos un breve aparte sobre las vinculaciones entre literatura y filosofía o, si se prefiere,



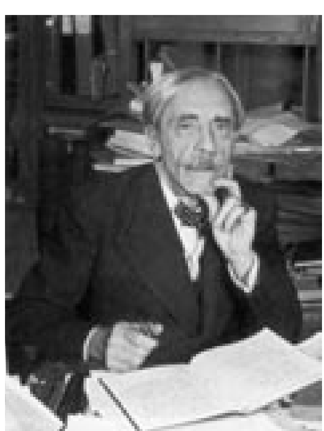

George Bernard Shaw



Franz Kafka



Thomas Mann



Paul Valéry

sobre la complicidad en muchos autores entre su capacidad de expresión literaria y de argumentación filosófica. Para empezar, no resulta ocioso constatar que la filosofía —además de muchas otras cosas— es también un género literario. Y a quien practica cualquier género literario nunca le viene mal, como le oí una vez decir al propio Borges, saber escribir... es decir, dominar ciertos recursos expresivos. Se ha dado el caso de filósofos puros y duros que fueron excelentes escritores: algunos, como Schopenhauer, siguen estando plausiblemente vigentes pero otros, como Nicolás Malebranche, ya sólo son frecuentados por especialistas y estudiosos. Por supuesto también se da el caso inverso, el de grandes literatos capaces de filosofar sugestivamente: Sófocles o Shakespeare son ejemplos obvios en la mente de todos, Américo Castro escribió páginas convincentes sobre la filosofía de Cervantes y me cuento entre quienes no consideran desde luego a Montaigne un pensador de menos categoría que Descartes... aunque ambos difieran bastante en método y discurso.

Pero quizá los tres ejemplos menos disputables de grandes literatos que no desmerecen en cuanto a vuelo especulativo junto a ninguna figura de la historia de la filosofía son los que eligió Santayana para componer su libro llamado precisamente *Tres poetas filósofos*: es decir, Lucrecio, Dante y Goethe. Ese libro de Santayana y el propio Santayana se han ganado un momento de atención en estas reflexiones. Empiezo por el escritor: George Santayana o Jorge Ruiz de Santayana —como prefiere establecer la lápida bajo la que yace enterrado en el cementerio de extranjeros de Roma— fue un hombre con el que a Borges le hubiera encantado conversar. Español que escribió toda su obra en inglés, cosmopolita cuyo terruño fue siempre la imaginación y su placer el vagabundeo, Santayana me parece un ensayista a veces no inferior a Borges, un poeta casi siempre muy inferior a Borges (pero en su misma línea clasicista) y el autor de una única y excelente novela, empeño al que Borges se rehusó. Ambos escritores compartieron la afición por Spinoza, la combinación entre un escepticismo radical en la existencia y un idealismo teñido de ironía en lo teórico, una perspectiva de modestia cósmica basada en el sano ejercicio de la risa que don Miguel de Unamuno no hubiera llamado "el sentimiento cómico" de la vida y una visión conservadora del juego político, impelida por la desesperación ante la zafiedad energética de los grandes transformadores pero que no excluye los rigores de la ética. Aunque discreparon en ciertas aficiones (Santayana consideró bárbaros a Walt Whit-

man y Robert Browning, apreciados por Borges, y cometió algo así como un sistema filosófico, vicio en el que ni con todas las cautelas irónicas del mundo hubiera incurrido el argentino) no creo aventurado asegurar que fueron espíritus afines y vidas poéticamente paralelas. Sea como fuere, no cabe suponer que Santayana llegara a saber nada de Borges; por su parte, Borges le dedicó una biografía sintética en sus colaboraciones para la revista *El hogar* (14 de mayo de 1937), y la novela *El último puritano* de Santayana, que había sido comentada por Raimundo Lida, era bien conocida en el círculo de la revista *Sur* a la que pertenecía Borges.

Vayamos al libro. En *Tres poetas filósofos* no sólo se ofrece un vislumbre en profundidad de cada uno de los autores referidos (en el caso del poliédrico Goethe centrado exclusivamente en *Fausto*) sino también un intento de analizar diversos ejemplos de vinculación entre expresión literaria y visión filosófica, más allá de sus aparentes incompatibilidades (búsqueda de la belleza o de la emoción *versus* búsqueda de la verdad, etcétera). En el caso de Lucrecio, se trata de alguien preocupado ante todo por el contenido salutífero de la filosofía que elige presentar su mensaje de forma poética para hacerlo más grato y "digerible" a un público poco amigo de abstracciones: la árida medicina de salvación epicúrea endulzada por la miel de versos y bellas imágenes rítmicas. El vasto poema teológico de Dante tiene tanto de obra de arte como de monumento especulativo: y es que sólo un poeta —etimológicamente un "creador"— podría reflejar de modo adecuado el significado primordialmente moral de la obra total del divino Poeta o Creador del mundo. Y por último Goethe, cuya experiencia filosófica del drama de la vida no podría expresarse mejor que a través de una gran pieza teatral, juntamente realista y alegórica, tragicómica, una serie de razonamientos que comprometen la fe racional del hombre y le devuelven finalmente a la entraña irónica de la acción, la cual se justifica a sí misma en su propio derroche de energía. Cualquiera que sea el sentido que demos a la palabra "filosofía", quedaría radicalmente incompleto si no incluyera en un nivel u otro las aportaciones de estos excepcionales francotiradores poéticos.

Pero lo más notable del ensayo de Santayana son precisamente algunas de sus consideraciones generales sobre literatura y filosofía. En cierto sentido, la oposición entre ambas resulta obvia. Lo característico de la buena literatura es su capacidad de sabia elipsis: el arte de omitir. Como señaló Voltaire: "El secreto de ser aburrido es decirlo todo" y la demasiada explicitud no sólo

Voltaire

hastía sino que también mata la gracia poética. En cambio el filósofo no tiene derecho a saltarse ningún paso en sus exposiciones y razonamientos: si por atención a la brevedad de la vida acepta cualquier atajo, tiene que estar dispuesto a volver sobre los pasos elididos siempre que se lo pidan sus contrincantes o sus discípulos. Aquí parece darse una irreductible colisión de intereses. Pero sobre ella nos advierte Santayana:

> Los razonamientos e investigaciones de la filosofía son laboriosos; sólo de un modo artificial y con escaso donaire puede la filosofía vincularse a ellos. Pero la visión de la filosofía es sublime. El orden que revela en el mundo es algo hermoso, trágico, emocionante; es justamente lo que, en mayor o menor proporción, se esfuerzan todos los poetas en alcanzar.

Es decir: lo que difiere radicalmente de la sugestiva ligereza literaria es el método filosófico, el camino que sigue el despliegue analítico de la razón. En cambio lo que el filósofo alcanza finalmente como resultado de su esfuerzo es un amplio paisaje de verdades (o de "mentiras irrefutables", apostillaría Nietzsche) que colman esas íntimas urgencias poéticas a las que también atiende por más agradable vía la literatura. La filosofía comparte con la ciencia lo arduo y tanteante de su procedimiento, que desanima a los más perezosos; pero su objetivo añade también ese toque sublime donde se fusionan la búsqueda personalísima e irrepetible de sentido con la objetividad implacable de los principios universales, es decir, lo mismo que pretende el poeta cuando susurra a quien desea oírle: *odi et amo*.

Otro supuesto desajuste entre la filosofía y la literatura proviene de que —según algunos— la segunda tiene que vérselas ante todo con emociones y sentimientos, mientras que a la primera sólo le concierne la razón. Desde que el Fausto senilmente ingenuo, a comienzos de la obra de Goethe, estableció la contraposición entre lo gris de toda teoría y el verde jugoso de la vida, los modernos no han dejado de alarmarse ante los perjuicios afectivos que puede traerles a los poetas el exceso de eficacia raciocinante: sequedad, artificialismo, inhumanidad... entre otros males. Contra este vacuo recelo acuña Santayana una página que merece la pena citar en extenso aquí, pues colijo que Borges no la hubiera desaprobado:

> Cierta especie de sensualismo o de esteticismo ha decretado en nuestros días que la teoría no es poética, como si todas las imágenes y emociones que sacuden una mente cultivada no estuvieran saturadas de teoría. El predominio de tal sensualismo o esteticismo sería suficiente para explicar la impotencia de las artes. La vida de la teoría no es menos humana o menos emocional que la vida de los sentidos; es más típicamente humana y más profun-

JORGE LUIS BORGES

EL ALEPH

EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

damente emocional. La filosofía es una especie de experiencia más intensa que la vida cotidiana, del mismo modo que la música pura y sutil, oída en estado de recogimiento, es algo más profundo y más intenso que el rugido de las tormentas o el alboroto de las ciudades. Por esta razón, cuando un poeta no es insensato, la filosofía se incorpora de modo inevitable a su poesía, por cuanto se ha incorporado antes a su vida. O, mejor dicho, el detalle de las cosas y el detalle de las ideas se incorporan igualmente a sus versos cuando ambos se encuentran en el sendero que le ha conducido a su ideal. Poner en poesía objeciones a la teoría sería como poner objeciones a las palabras, pues las palabras son también símbolos que carecen del carácter sensual de las cosas que representan. Y, sin embargo, es sólo por la red que las palabras tienden sobre las cosas al evocarlas que la poesía surge. La poesía es una atenuación, un retoque, un eco de la cruda experiencia; es por sí misma una visión teórica de las cosas a una prudente distancia. (Traducción de José Ferrater Mora.)

Tengo por seguro que autores tan disímiles pero literariamente tan relevantes como Valéry, Huxley, Mann, Sartre, Sciascia o Bernhard hubieran suscrito en lo fundamental ese alegato. Y desde luego me atrevo a suponer que Borges pensó más o menos del mismo modo. Lejos de ser un simple capricho culturalista, los contenidos filosóficos son en Borges un realce de su intuición poética. Supo comprender que los grandes temas de la teoría son también los que mejor aseguran una dignidad literaria no sometida a los arrebatos de la moda o el costumbrismo. La primera y fundamental pasión humana es comprender antes de morir; la más básica de las emociones surge al verificar que nunca podremos entender del todo y que siempre moriremos demasiado pronto. Por eso el afán especulativo de Borges está teñido de un escepticismo irónico que le libra de la seriedad dogmática, dolencia profesional que aqueja a otros sabios cuando creen haber logrado encerrar la realidad caótica y oscura en su inapelable cosmos mental. Aun cuando les desalienta humorísticamente, Borges comparte la vocación de los filósofos y en cierto modo une a sus temas imposibles su suerte literaria. Al final de su debate sobre los avatares infinitos de la tortuga propuesta por Zenón de Elea, el poeta argentino supo expresar esta perplejidad esperanzada con su habitual media sonrisa:

> Es aventurado pensar que una coordinación de palabras (otra cosa no son las filosofías) pueda parecerse mucho al universo. También es aventurado pensar que de esas coordinaciones ilustres, alguna —siquiera de modo infinitesimal— no se parezca un poco más que otras. (*Discusión*).

